EL MUNDO A LA ESPALDA

Dos rasgos míos bastante lamentables: mi falta de memoria y mi escaso gusto en repasar los viejos escritos de mi mano, han concurrido no hace mucho para depararme una rara sorpresa. Buscando en mis gavetas cierto documento añejo que de pronto me hizo falta, apareció un sobre, donde, una vez abierto, encontré varias hojas, amarillentas ya y con la tinta desvanecida, de las que para nada me acordaba, pero que luego hube de reconocer. Eran notas que, hace ya un tiempo demasiado largo, redacté sin intención de publicarlas nunca, y más bien como una actividad secreta, por el mero placer de apuntar observaciones, impresiones, estados de ánimo.

La sorpresa consiste no en el hallazgo mismo, sino en que tales anotaciones, la mayor parte de las cuales lleva su fecha y son de los años cuarenta y tantos, se parecen muchísimo a otras que he venido escribiendo recientemente, y éstas sí, con el propósito de darlas a la imprenta. Se ve que la edad me hace sentir más libre de dar expresión ante los demás a cosas que antes reservaba para mí solo, pues lo que hace un cuarto de siglo consigné a un cuaderno privado y ha reaparecido porque —olvidado, sin duda— omití romperlo entonces, ahora no me importa darlo al público.

No es que haya en esas cuantas páginas —ya lo verá el lector— nada capaz de vulnerar una intimidad asustadiza; es que, como texto literario, se encuentran a medio cocinar. Pero precisamente esa relativa crudeza, esa falta de elaboración, es lo que las aproxima al modo en que ahora estoy escribiendo. Estoy escribiendo ahora así, en la expectativa de sorprender la realidad bajo aspectos imprevistos que me permitan ensayar una nueva distancia

en su tratamiento literario, en lugar de forzarla y tratar de encajarla y meterla dentro de los esquemas habituales. Se me ocurre pensar que en el abandono de la espontaneidad y de la apresurada improvisación acaso pueda descubrirse algún inesperado ángulo de incidencia entre lo casual de la experiencia cotidiana, tan pasajera, y el orden establecido de la cultura tradicional, entre el acontecer a que responden las cuitas del diario vivir y la esfera prestigiosa de la imaginación poética, estableciendo un contacto que, como la chispa eléctrica entre dos polos, produzca un doble efecto purificador, renovador.

Ahora, con la agradable ocasión de este número especial de *Cuadernos Hispanoamericanos,* quiero brindar a quien tenga curiosidad en ello una selección de aquellos remotos apuntes.

Otoño de 1977

LOS GORRIONES

Estoy escribiendo en la oficina de la revista Realidad *mientras espero que me llamen por teléfono en una cuestión* de panen lucrando, *un negocio del que me prometo muy buena ganancia. Sentado frente al balcón, suspendo el apunte a que me aplicaba para mirar un pájaro que ha entrado y picotea. Lo observo; en esta mañana de primavera, el pecho se me oprime con una angustia rara, que llega al dolor. Como otras veces, el gracioso salto mecánico del gorrión ha hecho que salte dentro de mí uno de los más precoces recuerdos de mi vida. Tres años tendría yo no más, pues mi hermano José Luis era niño de pocos meses, cuando volvió mi padre de un viaje a Nueva York que —según luego, de mayor, supe— había sido muy azaroso: cuántas veces no oiría yo referir el temporal en que todos los pasajeros recibieron la absolución del capellán del barco, abandonado ya de su capitán a punto de naufragio... Mi padre, perfecto caballero, pésimo negociante, había llevado a vender a Norteamérica un saldo de muebles «estilo árabe», y antes del casi-naufragio estuvo preso allá, en la aduana, ignorando el motivo tanto como la lengua inglesa, para regresar a la postre derrotado... Estos detalles los conocí ¡claro está! mucho más tarde, por mi madre. De aquel regreso, recuerdo yo: el gabinete, calle San Agustín, donde, como en un sueño, mi padre deshacía el equipaje mostrándonos maravillas cuyo gozoso asom-*

bro contrastaba con la pesadumbre de que ambos —pero más ella que él— parecían abrumados. Ahí salió de sus maletas, entre otras cosas que no recuerdo, lo que jamás olvidaré: aquel gorrión mecánico que, después de recorrer a saltitos la pieza, hasta hizo un conato de vuelo. ¡Qué alegría, qué deslumbramiento, qué afán de posesión, qué inquietud, qué tristeza al verlo volver a su caja, qué desolación al saber que no sería para mí! Ya no volví a verlo, fue todo un instante; pero el dolor de su renuncia aún se renueva cuando, por acaso algún gorrión salta delante de mí. Creo que nunca después he deseado nada con tanto deseo.

El pensar que mi padre había traído ese juguete, carísimo sin duda, para cumplir con algún compromiso de orden superior, me hizo que, con el tiempo, aceptara su privación; así interpreté el caso; tal fue la versión que, en definitiva, le di ante mí mismo. Ahora, aquí sentado, mientras escribo (me he puesto en seguida a anotar esto, dejando de lado lo que traía entre manos), ahora, con mis cuarenta y dos años, acaba de ocurrírseme de pronto otra más verosímil: que el pájaro lo había comprado mi padre en Nueva York para mí, como regalo de viaje; pero que necesitó venderlo, pudo vender a buen precio tan rara curiosidad nunca vista en Granada, con harto dolor de su corazón.

Primavera de 1948

VISITA AL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

Oída la misa, resuelvo —apenas son las once menos cuarto— pasar el resto de esta mañana de domingo en las desiertas salas del museo. El Museo de Historia Natural está enfrente de la iglesia: atravesando la soleada plaza, en un momento me traslado desde la penumbra del templo, llena de incienso y músicas, a la penumbra helada del museo.

Ya estoy aquí; ya discurro por entre las vitrinas que exhiben clasificados esqueletos: las especies animales, a partir de lo más simple, se ordenan y escalonan para ofrecer al fin, con un par de osamentas humanas —macho y hembra— la evidencia de que la Naturaleza es una. La Biblia y la Ciencia nos lo habían asegurado; ahora nos entra por los ojos; lo veo: nosotros, yo, pertenecemos a esta serie, somos una variante del mismo barro, y estamos emparentados con todos los otros mamíferos, con todos los demás vertebrados, con el ave, con el reptil... Mi cuerpo se sostiene en una estructura ósea análoga a ésa, parecida a esas otras; no son distintas mis manos, que miro y remiro,

mi caja torácica, que siento dilatarse a compás, el cráneo que encierra mi pensamiento incesante...

Alineada al extremo de esta larga serie, la calavera —símbolo respetable de muerte y eternidad— produce un raro efecto cómico. Solíamos asociarla con el crucifijo, con un libro santo, con la mano elocuente de un San Gerónimo, y ahora se nos muestra sórdidamente ligada, como última etapa, a las formas de la evolución animal. Y también la variedad de las especies vivas, que, aun aprisionada en un parque zoológico nos azora con la riqueza de su misterio, resulta aquí risible, reducida al esquema de sus huesos. Pero, ¡ay!, ¡tácita risa de espanto! La evidencia irrecusable de mi parentesco, de la afinidad del esqueleto que llevo dentro de mí con todos esos esqueletos ya descarnados que se escalonan en las vitrinas del museo, me asusta y me asombra y me subleva, y —al forzarme por la razón— me hace sentir mi estada en la tierra, este mi pertenecer a la naturaleza, como una prisión en la que estoy sin saber por qué culpa, o —como Segismundo clama— por el solo delito de haber nacido.

Primavera de 1948

ADAN Y EL CRISTO

Ese esqueleto humano que, inmediato al del antropoide, ahí en la vitrina del museo, una vez y otra y siempre de nuevo atrae mi atención (pues no puedo dejar de ver en el incógnito individuo a quien perteneció, en ese hombre concretísimo y único, con su vida intransferible, el punto por donde yo mismo, con mi propio ser, estoy inserto en la escala zoológica), este esqueleto que fue el de alguien, pero que ahí se nos da como una muestra genérica, a fuerza de estarlo mirando con su clavícula sumaria, las costillas ligadas al esternón y sus escuetas rótulas y tibias, me sugiere la imagen flaquísima del Cristo que, poco antes, presidía sobre el altar la misa, entre oleadas de incienso. Aquella corporeidad realista, de huesos y tendones desollados y magulladuras, me hace pensar, con estupor primero y luego con la más tranquila convicción, que también Jesucristo Nuestro Señor entra en las clasificaciones de la Historia natural, no menos que yo mismo, y que el incógnito individuo a quien perteneció este esqueleto. Pues, incomprensible como es, el misterio de la humana encarnación del Cristo es el misterio de toda encarnación humana, patente en cada uno de nosotros, sin que sepamos dar razón de él, tan cierto es que todos somos hijos de Dios.

Se propende hoy demasiado, aun por los que se dicen fieles creyentes, a tomar el misterio en un sentido meramente simbólico, diluyéndolo así en trivialidad por miedo a encararse con él. Si la encarnación del Cristo no fuera más que expresión singularizada y absoluta de un hecho plural muy cotidiano para cuyo sentido esencial, aunque tremendo, nos embota la repetida experiencia, una fe religiosa revestida de rituales rutinas podría anegarlo, hundirlo en el anonimato de la costumbre. Mas no: la encarnación del Cristo se produjo efectivamente una vez en el tiempo, en la historia; Dios se hizo hombre hic et nunc; *nació de una madre, María, en un lugar, Belén, como judío bajo el imperio romano, en determinada fecha, con una personalísima apariencia corporal, una fisonomía por la que era identificado de sus conocidos, una voz que sus familiares y amigos tenían por suya, por* la *suya, y un carácter propio, y unos ademanes y gestos peculiares. Más bien que simbolizar cualquier encarnación humana, las encarnaciones innumerables de los hombres son las que pueden en algún modo —pues están junto a nuestra personal experiencia— aproximarnos a la divina encarnación de Jesús.*

Primavera de 1948

CERVANTES, ABYECTO

Ocurre con Cervantes que cuantos problemas le conciernen son llevados por la devoción a un paroxismo de estupidez. Las discusiones, por ejemplo, en torno a su carácter, con tesis extremas y simplistas, me asombran, porque leer a un escritor es conocerlo más que se conoce al común de los conocidos, es ser íntimo suyo, y quien carece de penetración para las almas, vano será que discuta, pero quien la tiene tampoco necesita discutir, pues sabe con evidencia. Juzgar del carácter por actos inciertos, poseyendo tal evidencia, es disparate; antes será ella quien ilumine la conducta, si no se quiere reducirla a las normas impersonales de un código. No veo yo incongruencia alguna entre la ternura de alma, honestidad, decoro y nobleza que trasunta cada palabra de Cervantes, y las «irregularidades» o aun la abyección que algunos le reprochan y en cuyo borde es seguro que estuvo, aunque es también seguro que no se despeñó en ellas: el tono de su voz nos lo declara. La templada blandura de su corazón, una astucia incansable en la lucha contra la miseria, contra el mal, lo preservaban de lo tenebroso. Nadie está libre de caer en un lodazal, pero hay quien, una vez caído, se encenaga hasta por soberbia (la soberbia satánica)

y hay quien, sintiéndose limpio por dentro, procura no enfangarse sino lo indispensable y jamás pierde la esperanza de nueva pureza. Cervantes hubiera sido hoy de los que consiguen a menos costo salir de un campo de concentración, como salió del cautiverio argelino. Pero el mundo entero es campo de concentración y acaso le tocó sorportar también esas otras ignominias de que se habla.

Primavera de 1948

ENTRE PALOMAS Y RATAS

Sobre Buenos Aires una densa población de palomas exorna las cornisas y decora la Plaza de Mayo. (¡Ay, cómo inquieta la sospecha de que los campanarios de San Francisco, ahí al lado, pudieran ser cazadero de incautos pichones!) Niños y funcionarios jubilados fraternizan en el césped con las solemnes, lentas, pomposas y pesadas aves, a quienes el Estado confía, amén de algunos servicios auxiliares en el ramo de la guerra, la misión de simbolizar la patriótica emoción de cada aniversario.

No menos prolíficas ni peor nutridas, las ratas, cuya población habita de ordinario los sótanos, vertederos y cloacas de la ciudad, pero que a veces asoma impávida a la superficie, son, en cambio, combatidas con intermitencia por el propio Estado (Secretaría de Sanidad), pero el país, opimo, las alimenta y prosperan.

Entre cielo y subsuelo, mientras tanto, una espesa humanidad —nosotros— se aglomera, se afana, se desvive.

Otoño de 1948

LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO

Hoy la Editorial Losada ofrecía un banquete a Juan Ramón Jiménez. Alrededor de su barba se congregó el surtido habitual: unas cincuenta personas, cuyo contacto tenía que producir a la postre un precipitado miserable. Pero estábamos en el comienzo y aún imponía el poeta su triste dignidad a la mesa, cuando, por encima de ella, me alargó Saint-Jean una foto, explicándome sin soltarla todavía que cierto marino conocido suyo, a la hora de la liberación presente en París, había podido registrar ahí el vejamen infligido a la amante de Otto Abetz (Corina Luchaire, creo; una artista) por una multitud que, no satisfecha

con raparle la cabeza, la desnudó en mitad de la calle, y hasta la hubiera linchado sin la intervención de los soldados norteamericanos. Dos de ellos, en efecto, aparecían en la foto, descompuestos y gritones, llenos de risa, sosteniendo por las axilas a una mujer en cueros vivos cuyo único adorno capilar era el que negreaba con abundancia en el bajo vientre; su cabeza pelona se vuelve, airada, contra el barullo de mujeres y chiquillería aglomerados a sus espaldas.

«¿Eh?, ¿qué le parece?», me pregunta el señor Saint-Jean con los ojillos relucientes en medio de su cara abotargada. (Este bueno de Saint-Jean es un liquidador de averías marítimas y síndico de la Editorial Losada, S. A.; comilón y bebedor, gourmand, gourmet *y* bon-vivant.) *La foto pasó luego de mano en mano en ese rincón de la mesa. Y yo, como no dije entonces lo que me parecía, y contesté con preguntas, quiero reseñar ahora mi impresión. Por lo pronto, suscitó en mi memoria los noticiarios del final de la guerra, donde se exhibía con regocijo la operación de trasquilar a las «colaboracionistas» francesas (¡qué putas!) al tiempo que, con no menor complacencia y para edificante contraste, se mostraba el recibimiento que las patriotas, abrazándose a los soldados americanos, tributaban a las fuerzas libertadoras. Después acudieron al recuerdo otros muchos noticiarios de guerra que proponían a la indignación las atrocidades del adversario y alardeaban de las propias... Nunca olvidaré aquel donde se veía quemar vivo a un gordo japonés, perseguido por el chorro implacable de un lanzallamas. Mi hija, a quien yo había convidado al cine —era esto una hermosa tarde diáfana de 1945 en Río de Janeiro— dio un grito de espanto y rompió a llorar, tapándose los ojos con una mano, a la vez que con la otra me oprimía el brazo.*

17 de septiembre de 1948

SOBRE EL LLAMADO «ESTILO FUERTE», Y UNA BLASFEMIA EMPLEADA POR MI

Hace algún tiempo le dí, juntos, a Rafael Dieste, para consultar su juicio, el San Juan de Dios *y* El mensaje. *Farragosamente me explicó que, deslumbrado primero por el esplendor de su estilo, había creído superior aquella novela, pero que luego había reparado en la técnica de* El mensaje *bajo su grisura polvorienta, en esa especie de juego velazqueño de espejos y que le había interesado más. Eso fue, en sustancia, lo que me dijo; los adjetivos y demás ponderaciones los paso a la cuenta de la cortesía.*

También recogí de él esta observación, relativa al San Juan de Dios: *que le chocó no haberle chocado la blasfemia proferida por el muchacho (que, por lo demás, he suprimido o disimulado en el texto impreso) y que, a su entender, el fácil descuido con que tragó en la lectura tal brutalidad, pese a su disgusto por el empleo de palabrotas que es hoy uno de los más comunes amaneramientos literarios, se debió, sin duda, a la perfecta inocencia de su enunciación.*

La verdad es que la frase responde, en mi concepto, a una necesidad estricta. El muchacho representa en la novela la fuerza bruta de la naturaleza: no tiene ni la cultura del sentimiento de los dos caballeros, ni la cultura moral de la dama, ni la cultura espiritual del santo. En su boca inocente, la blasfemia gratuita es una expresión de lo demoniaco-natural, que viene a contrapesar la frecuentísima invocación del nombre de Dios a lo largo de toda la narración y hasta en su título.

Primavera de 1948

DESTINO FILOSOFICO DE LA TORTUGA

Siempre que hay oportunidad, lo cuento: Solana, el pintor, llegó una noche al café de Pombo y expuso esta sorprendente generalización, inducida de una experiencia inmediata: «No se puede pasar debajo de los andamios, porque caen galápagos.» ¡Cuánto camino había hecho en filosofía la tortuga del eléata, hasta precipitarse desde un andamio a los pies de Solana!

Verano de 1948-9

BALLO IN MASCHERA O EL TANGO DEL AYER

Anoche fui invitado a casa de Oliverio Girondo: Norah Lange celebraba cumpleaños. Era una de esas fiestas medio atorrantes (bohemia de estancieros, fruto porteño de la alianza Lange-Girondo), con mucho whisky, sandwiches *y disparates a todo trapo, en la que volví a encontrarme a toda aquella gente que hace ocho o nueve años, cuando llegó a Buenos Aires el golpe de exilados de la guerra de España, nos acogió en su dorada sociedad. Frescos y vivos entonces los afectos suscitados por la gran tragedia, la aureola casi siempre adventicia de haberla vivido y la simpatía de quienes nos acompañaron desde aquí en su angustioso desarrollo, integraron a nuestro alrededor un círculo «inte-*

lectual» muy simpático, que yo nunca quise frecuentar demasiado, en el que se practicaba una camaradería de tutum revolutum *no por completo libre de miserias y depravaciones, pero, en conjunto, animada por un sentimiento ingenuo y algo superficial de fijación al momento álgido recién vivido. La casa de Oliverio, junto con algunas otras menos ricas y con los cafés de la avenida de Mayo, constituían la cambiante sede de sociedad tan heterogénea como la que el sentimiento «republicano español» había reunido en el Buenos Aires de aquel momento. Verdura de las eras, ese grupo se fue agostando, diluyendo, enrareciendo, desde entonces acá hasta disolverse.*

Pero anoche, concitado por los whiskys *de Girondo, resurgió. Y así, en este Buenos Aires tan deteriorado, volvimos a vernos las caras. ¡Cuánto estrago hacen ocho años no más a cierta altura de la vida, cuando la gente, razonablemente, ha renunciado a la juventud, aunque no a sus actitudes! Allí estábamos todos de nuevo. Norah Lange se ha encaramado como siempre a una silla para leer el mismo humorístico discurso que, por supuesto, hemos aplaudido con risotadas, y luego se ha puesto a bailar con Oliverio, todo barba y quiebros, caballero en el busto, malevo en las piernas, un tango compadrón con muchos cortes, como siempre.*

24 de octubre de 1948

LA CIUDAD Y EL CAMPO

En el tono de las noticias pintorescas referían hace poco los diarios el caso de un viejo militar portugués que, emigrado en París desde quién sabe cuánto tiempo, había sido detenido por la policía cuando, en una plaza pública, abatía descuidados gorriones con una honda de goma. Dos pájaros yacían ya, parece, sepultados en el fondo de sus bolsillos.

A mí esta regresión selvática en plena urbe —me imagino al pobre general faminto, *con su barbita cana y el cuello planchado, acechando a su presa tras de un árbol municipal— me ha traído a la boca un sabor amargo y al oído un eco de* Votre récépissé, monsieur!

Invierno de 1948

EL RATON Y EL GATO; LA PALOMA Y EL GAVILAN

Ayer estaba yo con Baudizzone —¡qué buen hombre este Baudizzone!—; estábamos los dos, a la mañana, en el café Boston, y el mozo, mientras esperaba nuestra orden, tenía clavada la vista sobre el suelo, a dos metros de nosotros; bajo una silla un gato se distraía, displicente, con un ratón... Quien nunca haya visto semejante escena, difícil es que se la imagine. Yo la había visto cuando tenía unos doce años, o trece, todavía en Granada, y nunca la olvidaré. Esta era la segunda vez. Eran ahora del mismo color gris de pelo ambos, el gato y el ratón. Estaban juntos y, por momentos, parecían ignorarse, desentendidos el uno del otro. «¡Cómo le palpitará el corazón a ese pobre animalucho!», le dije a Baudizzone. Habíamos estado comentando el carácter de estos nuestros tiempos de interrogatorios y torturas, de policía omnipotente y omnipresente. El me contestó, pálido: «¡Dios nos libre de vernos en una cosa así!»

Mientras escribo esto, estoy oyendo por la radio un «carnavalito» y su música es la misma, casi, de otro que vi bailar no hace mucho, en casa de unos alemanes, a un grupo de estudiantes aficionados al folklore indígena. Era una danza del altiplano que mimaba —con qué emocionante eficacia— la persecución de un pájaro por un ave de presa. El hombre, con su gran poncho; la mujer, con su ponchito, imitaban en los movimientos del baile —cualquiera sabe hasta qué punto totémico— los de uno y otro pájaros, cerniéndose en el aire, hasta que las alas del gavilán cubrían a la paloma y ésta, una chiquilla encantadora, doblaba la cabeza graciosamente y cesaba el tambor, y cesaba la quena.

30 de septiembre de 1949

FRANCISCO AYALA